

Aprendiendo a “gatear”: masculinidades y carreras morales en varones que pagan por sexo en Argentina

Learning to "gatear": masculinities and moral careers in men who pay for sex in Argentina

Santiago Morcillo

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Universidad Nacional de San Juan, Argentina
santiagomorcillo@gmail.com

Estefanía Martynowskyj

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina
estefania_mdp@hotmail.com

Matías de Stéfano Barbero

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Universidad de Buenos Aires, Argentina
matiasdestefano@hotmail.com

Recibido: 30/09/2019

Aceptado: 05/02/2020

Formato de citación:

Morcillo, S., Martynowskyj, E., De Stéfano Barbero, M. (2020). “Aprendiendo a 'gatear': masculinidades y carreras morales en varones que pagan por sexo en Argentina”. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 86, 67-85, <http://apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/smorcillo.pdf>

Resumen

La masificación del feminismo ha puesto nuevamente a la sexualidad en el centro de atención y se ha reavivado el debate sobre la prostitución. En este contexto, la campaña anti-trata responsabiliza a los varones que pagan por sexo, llamándolos “prostituyentes” y cuestionando su masculinidad bajo la idea de que los “hombres de verdad no compran mujeres”. Sin embargo, aun hay poca investigación empírica, en particular en nuestra región no se han estudiado los procesos por los cuales varones que pagan por sexo pasan a convertirse en clientes habituales. A partir de una etnografía virtual en dos foros argentinos de comercio sexual y de entrevistas en profundidad con varones que pagan por sexo, nos proponemos entender no sólo cómo un sujeto se torna un “cliente”, sino cómo se torna un “gatero” –según la jerga local–, es decir, un cliente que se reconoce en

esa posición y forma parte de una comunidad. Llegar a ser un “gatero” involucra una serie de aprendizajes, internalización de pautas y valores, en estos procesos analizamos distintas ambivalencias y tensiones que los atraviesan. Buscamos entender cómo se produce una imagen del yo de estos varones que se va desplazando de algunos mandatos que marcan el desarrollo de la “hombria”.

Palabras clave

Sexo comercial, masculinidad, estigma, carrera moral, foros virtuales.

Abstract

The massification of feminism has put sexuality back into the spotlight, reviving the debate about prostitution. In this context, the anti-trafficking campaign holds responsible men who pay for sex, calling them “prostituyentes” and questioning their masculinity under the idea that “real men do not buy women”. However, there is still little empirical research. In particular in our region, the processes by which men who pay for sex have become regular customers have not been studied. From a virtual ethnography in two Argentine forums of sexual commerce and in-depth interviews with men who pay for sex, we propose to understand not only how a subject becomes a “client”, but –following the local jargon– how it becomes a “gatero”, that is, a client who recognizes himself in that position and is part of a community. Becoming a “gatero” involves a series of learning, internalization of patterns and values, in these processes we analyze different ambivalences and tensions that cross them. We seek to understand how an image of the self of these men is produced displacing from some mandates for the development of “manhood.”

Keywords

Commercial sex, masculinity, stigma, moral career, virtual forums.

1. Introducción

Desde la masificación del feminismo en la última década, la sexualidad se ha puesto nuevamente en el centro del debate público. Su caracterización como una esfera atravesada por relaciones de poder o directamente como un territorio de dominación masculina vinculado a la violencia de género, ha abierto el cuestionamiento de una multiplicidad de prácticas que hasta el momento no se leían necesariamente desde esa óptica. En este marco, los varones han sido llamados a “deconstruirse” y a repensar los modos en que se configura su masculinidad y la forma en que participan de las relaciones de género¹.

Al mismo tiempo, la reemergencia de la “trata de mujeres con fines de explotación sexual” como problema público desde principios del siglo XXI, ha contribuido a poner en cuestión, acaso por primera vez, el rol de los varones que pagan por sexo². En este contexto, se ha consolidado la perspectiva del feminismo radical-abolicionista que, ya en los años 80, concibió la “prostitución” como una forma de violencia de género (MacKinnon, 1987; Pateman, 1989) y actualmente homogeneiza todas las formas de comercio sexual bajo la noción de “trata de mujeres”. Según Adriana Piscitelli (2015),

¹ Nos referimos en este artículo a varones cis heterosexuales.

² Si bien la prostitución ha sido un tema de interés gubernamental en distintos momentos históricos, las “prostitutas” han sido el sujeto privilegiado del control estatal, mientras que la preocupación por los varones ha estado orientada a salvaguardarlos de contraer enfermedades de transmisión sexual y mantenerlos alejados del “peligro homosexual” (Guy, 1994).

este paradigma ha configurado “régimenes anti-trata” a nivel mundial que despliegan formas de representación victimista. Al pensar en el papel que este enfoque otorga a los varones que pagan por sexo, es posible leer una articulación con un nuevo régimen sexual donde la sexualidad legítima aparece ligada a la “realización personal, la felicidad, la salud y el bienestar” y es la que se practica entre “iguales” (Carrara, 2015: 330). El abolicionismo, al proponer la denominación de los varones que pagan por sexo como “prostituyentes” y responsabilizarlos por la “trata de mujeres”, habilita la construcción de un nuevo estigma para estos varones, o como plantea Kulick (2005), construye un “nuevo perverso”. Si bien este intento no alcanza la fuerza del estigma de “puta” (Pheterson, 2000), por las posiciones estructuralmente jerarquizadas que ocupan los varones y por la relativa invisibilidad que aún pueden conservar quienes pagan por sexo, distintos discursos activistas, académicos e institucionales, caracterizan a estos varones como violentos, explotadores, perversos y/o decadentes (Martynowskyj, 2018) o sujetos “asquerosos” (Morcillo y Varela, 2020). Así, buena parte de la campaña anti-trata se centra en desalentar la demanda de prostitución cuestionando la masculinidad de quienes pagan por sexo bajo el eslogan de que “hombres de verdad no compran mujeres”.³

En el marco del régimen anti-trata y como resultado de las transformaciones legales, principalmente por la Ley de Profilaxis de la década del treinta, y la de Trata, de principios del siglo veintiuno, el mercado sexual ha ido mutando de diversas formas. Lejos ha quedado la legitimidad que había alcanzado en el período reglamentarista, entre los años 1850 y 1930, cuando las llamadas “casas de tolerancia” estaban reguladas por el Estado. En ese marco los relatos de las experiencias de los varones que pagaban por sexo formaban parte de los discursos masculinos dominantes (Simonetto, 2018). Incluso hasta mediados del siglo XX se sostuvo que los burdeles eran necesarios tanto para evitar la homosexualidad y otras desviaciones en los jóvenes, como para preservar la respetabilidad de las señoritas (Cosse, 2010; Guy, 1994). Actualmente, el espacio del cabaret, como lugar del espacio público donde los varones acceden a sexo pago, se halla profundamente cuestionado o directamente borrado de varias ciudades de Argentina (Varela y Martynowskyj, 2019; Behrens, 2019).

Algunas investigaciones en países anglosajones plantean que el ciberespacio ha constituido un lugar “seguro” y anónimo de sociabilidad masculina vinculada al mercado sexual (Sanders, 2008), donde los foros de discusión sobre sexo comercial reúnen a “clientes” y, a veces, a “trabajadoras sexuales”, en una comunidad *online* con valores y normas distintivas (Horswill y Weitzer, 2016). En Argentina existen algunos foros *online* sobre comercio sexual que se proponen como espacios para compartir información sobre el mercado sexual local. La mayoría de las conversaciones (hilos) giran alrededor de las experiencias de sexo pago (“XP” en términos nativos) que los usuarios comparten, pero también algunos principiantes piden consejos para iniciarse y aprender a moverse en el mercado sexual. Además, en este ámbito de homosocialidad virtual se dan conversaciones sobre “temas generales” que muchas veces exceden los encuentros con “escorts” e incluso al mercado del sexo.

Las formas en que estas transformaciones del mercado sexual se ligan con las masculinidades de los varones que pagan por sexo han sido poco estudiadas. Aun

³ Las campañas pioneras en plantear esta idea son “*Real Men Don’t Buy Girls’ Campaign*”, lanzada en 2011 en Estados Unidos por *The Demi and Ashton Foundation* (DNA) y “*Cool Men Don’t Buy Sex Campaign*”, de la ONG india *Apne Aap Women Worldwide*. En Argentina se han replicado campañas con lemas similares, por ejemplo en Rosario o en Mar del Plata, “Hombres de verdad no compran mujeres. El que paga por sexo financia la esclavitud de mujeres y niñas”. Así mismo el Estado Nacional lanzó la campaña “No manches la camiseta” para desalentar a los varones que quisieran pagar por sexo en el contexto del Mundial de Fútbol en el año 2014.

cuando el cuestionamiento de los “prostituyentes” ha adquirido espacio en el debate público, las investigaciones empíricas sobre los varones que pagan por sexo son todavía relativamente escasas, especialmente en nuestra región, y generalmente se han centrado en estudiar sus motivaciones para consumir sexo comercial. En algunos casos el proceso de devenir cliente es ligado a carencias del autoestima, o a una socialización no igualitaria en términos de género, sin embargo dos investigaciones que llegan a conclusiones similares parten de muestras conformadas en su mayoría por clientes ocasionales (Mansson, 2004; Bouamama, 2004). Salvo excepciones (Sanders, 2008; Horswill y Weitzer, 2016), pocas investigaciones han estudiado las experiencias y el proceso por el cual los varones que pagan por sexo pasan a convertirse en clientes habituales. Nos proponemos entender no sólo cómo un sujeto se torna en “cliente”, sino, siguiendo la jerga local, cómo se torna un “gatero”⁴, es decir, un cliente que se reconoce en esa posición y forma parte de una comunidad. Aquí adquiere especial relevancia su “carrera moral”, más específicamente entender bajo qué procesos se produce una imagen del yo de estos varones que paulatinamente se van desplazando de algunos mandatos que marcan el desarrollo de la “hombría” para los distintos momentos del ciclo vital. Como veremos, llegar a ser un “gatero” involucra una serie de aprendizajes e intercambios con otros que tienen un lugar privilegiado en los espacios virtuales.

En primer lugar, describiremos el debut en el sexo comercial de estos varones, que muchas veces implica también el debut sexual, donde se ponen en juego la masculinidad, la (hetero)sexualidad y las relaciones de poder intra-género. Luego, veremos los diferentes aprendizajes que estos varones deben hacer para iniciar sus carreras como “gateros” y pertenecer a la “comunidad gatera”, donde comparten sus experiencias sobre los distintos riesgos materiales y simbólicos que implica la práctica de pagar por sexo para la masculinidad. Finalmente, abordamos las vicisitudes de la retirada del mercado sexual, donde los participantes abren interrogantes sobre sí mismos y sus posiciones en relación al comercio sexual, la masculinidad y sus vínculos sexo afectivos.

2. Nociones clave y metodología

Como señala Flood (2007), la sexualidad es un aspecto fundamental en la dinamización de las relaciones entre masculinidades. En la jerarquía de masculinidades heterosexuales, una especial fuente de estatus reside en ser un “ganador”, en tener éxito cuando se sale de “caza”, es decir, en conseguir tener relaciones sexuales. Sin embargo, tal y como resuena en las campañas “anti-trata” mencionadas más arriba, sólo se es un “hombre de verdad” si se consigue tener relaciones sexuales únicamente a través de la seducción. Norma Fuller ha planteado que las formas de masculinidad que no siguen las trayectorias que culminan con la figura del padre-protector-proveedor, como la del Don Juan o, en nuestro caso, la del “gatero” adulto, “carecen del reconocimiento (respeto) de los otros varones y de las mujeres que caracteriza a la verdadera hombría” (2001: 312). Por todo ello se ha planteado que los varones que pagan por sexo pueden ser vistos por la sociedad y por sus grupos de pares como “perdedores en el rol masculino” (Prieur y Taksdal, 1989), lo cual se puede articular con los discursos que señalan a los “prostituyentes” como perversos y principales responsables de la violencia de género implicada en la “trata de mujeres”.

La progresiva carencia de respetabilidad que representa ante diversos públicos la práctica de pagar por sexo ha generado que esta sea más frecuentemente mantenida en

⁴ En Argentina se suele llamar “gatas” o “gatos” a las mujeres que hacen sexo comercial, de allí que los varones que pagan se autodenominen “gateros”.

secreto, con la excepción de las comunidades *online* de clientes. El ocultamiento se funda en el temor a ser rechazados por otros/as que no comparten esta práctica desviada, “cuyo respeto y aceptación necesitan tanto en términos prácticos como emocionales” (Becker, 2010: 86). Para comprender cómo se tejen lazos entre los “gateros” en los espacios virtuales –de acceso público pero resguardados por el anonimato– resulta útil retomar la noción de “subcultura desviada” de Becker, en tanto los miembros de esta comparten “un conjunto de nociones y puntos de vista acerca de lo que es el mundo y de cómo lidiar con él, y un conjunto de rutinas basadas en esas nociones” (2010: 56). La mayoría de los grupos desviados cuentan con una lógica de autojustificación para neutralizar los sentimientos que sus miembros puedan tener contra sí mismos y brindarles argumentos para continuar con la línea de acción que han tomado.

A su vez, para comprender el proceso por el cual un varón que paga por sexo se torna un “gatero” nos valdremos de la noción de “carrera moral” propuesta por Goffman. Aquí importan “los aspectos morales de la carrera, es decir, la secuencia regular de cambios que la carrera introduce en el yo de una persona, y en el sistema de imágenes con que se juzga a sí misma y a las demás” (Goffman, 2001: 133). Si bien la construcción de un estigma para quienes pagan por sexo es aún incipiente, podemos pensar que estos sujetos

“tienden a pasar por las mismas experiencias de aprendizaje relativas a su condición y por las mismas modificaciones en la concepción del yo, una 'carrera moral' similar que es, a la vez, causa y efecto del compromiso con una secuencia semejante de ajustes personales” (Goffman, 2010: 45).

Es importante tener algunas consideraciones para el uso que haremos aquí de las ideas en relación con la estigmatización. Un aspecto clave señalado por el propio Goffman, aunque usualmente pasado por alto, es que no debe pensarse al estigma de forma sustancialista, lo que se necesita es un lenguaje de relaciones. Entonces, más que un atributo en particular, “un estigma es, pues, realmente, una clase especial de relación entre atributo y estereotipo” (2010: 14). Sin embargo, Goffman no profundiza en las implicaciones de este lenguaje de relaciones ni cómo lo influyen los procesos mediante los que surgen los estigmas, sino que se limita a concebir los distintos tipos de estigma como “atributos que resultan desacreditadores en toda nuestra sociedad”.

En este enfoque, cuando una persona posee un atributo no esperado para su categoría social, se convierte en una persona “fallada”. Si esta falla sale a la luz, la persona será “desacreditada”, mientras que si logra ocultarla no será estigmatizada pero permanecerá latente, en el nivel de lo “desacreditable”. Los varones que pagan por sexo suelen permanecer en este nivel porque su “falla” es relativamente fácil de ocultar y el estigma se vuelve invisible. Sin embargo, cuando no logran manejar la información y se conectan visiblemente con la “prostitución”, se convierten en desacreditados y pueden hacerlo también, como veremos, dentro de la jerarquía de masculinidades de su grupo de pares.

El problema de las usuales interpretaciones del estigma como “un tipo de cosa” más o menos estática es que remiten el asunto a la esfera individual, omitiendo la trama de relaciones sociales y de poder, así como los factores estructurales que subyacen a la interacción. Al mismo tiempo, es necesaria una revisión de la teoría de Goffman sobre la estigmatización, especialmente, en relación con la despolitización de su mirada. La ausencia de una crítica contextualizada sobre las relaciones de poder se vincula, en parte, al nivel de enfoque restringido únicamente al plano de las interacciones y, en última instancia, a la ausencia de una concepción agonística, de conflictividad, sobre las relaciones sociales, algo que Carlos Figari (2008) imputa, junto con la carencia de una

categoría de abyección, a toda la escuela de Chicago. Esto se puede corregir sin desechar el análisis microsociológico, tomando en cuenta los aspectos de las posiciones de sujeto, respecto al sexo-género, la clase, la raza, nacionalidad, etc., que circunscriben las “movidas” (en Goffman, *moves*) que cada participante de la interacción puede hacer.

Aquí podemos rescatar los aportes de Parker y Aggleton, quienes proponen que la estigmatización como proceso social “sólo puede ser comprendida en relación a las nociones más amplias de poder” y afirman que “el estigma juega un papel clave en la producción y reproducción de las relaciones de poder y control” (2003: 16) y por ende establece asimetrías entre los grupos sociales. Como señalan los autores, “el estigma y la discriminación operan no solamente en relación con la diferencia (como nuestras lecturas de Goffman y Foucault tienden a enfatizar) sino aún más claramente en relación con las desigualdades sociales y estructurales” (Parker y Aggleton, 2003: 18).

Tomando en consideración estos puntos es que podemos comprender más cabalmente en qué sentido podemos hablar de una incipiente estigmatización de los varones que pagan por sexo, sin que ello implique una victimización de estos individuos. El descrédito, en este caso concreto, no parece ser tan amplio ni ante todos los públicos. Aun así, considerar la relación entre atributo y estereotipo nos permite pensar las tensiones que representa la práctica de pagar por sexo respecto de los estereotipos de masculinidad, especialmente en relación a las trayectorias que construyen respetabilidad. Al abordar las transformaciones en la imagen del yo en las carreras morales de los “gateros”, buscaremos reflexionar sobre las tensiones que emergen en sus propias experiencias, sin dejar de lado sus posiciones estructurales ni sostener una mirada monolítica sobre ellos.

Para hacer este análisis, en el marco de un proyecto de investigación más amplio⁵, nos basamos en dos fuentes, entrevistas en profundidad a varones que pagan o que han pagado por sexo⁶ y foros virtuales de comercio sexual. Por una parte, realizamos 19 entrevistas en profundidad en las ciudades argentinas de San Juan y Mar del Plata a varones que pagan por sexo entre 27 y 77 años, que ocupan diversas posiciones socioeconómicas y cuyo nivel educativo varía desde primario incompleto hasta estudios universitarios completos. Si bien en el caso de los foros debemos presuponer un nivel mínimo de formación y recursos que implica el acceso a internet, este se ha expandido mucho en los últimos años en Argentina⁷. Accedimos a los entrevistados a través de trabajadoras sexuales (participantes en investigaciones anteriores), contactos personales y utilizando la técnica de bola de nieve. Por otra parte, realizamos una etnografía virtual⁸ en dos foros de comercio sexual que se encuentran *online* desde 2004 y son los más numerosos de Argentina (al momento cuentan con 192.012 y 386.446 usuarios). Si bien cada foro tiene sus reglas, ambos comparten la gratuidad, el objetivo de intercambio de experiencias y un sistema de reputación de los usuarios (de quienes además se muestra su trayectoria de participación). Para este trabajo realizamos búsquedas a partir de los términos clave “consejos”, “reglas”, “primera vez”, “principiante”, “debut”, “gatero”, “baja” y “despedida”.

⁵ Proyecto de Investigación Científica y Tecnológica (PICT), Fondo para la Investigación Científica y Tecnológica (FONCyT), “Género y sexualidad en la mirada de varones que pagan por sexo”, Argentina.

⁶ En este trabajo se analizan únicamente las relaciones homosociales que mantienen los varones que pagan por sexo heterosexual. Otras investigaciones, utilizando también el concepto de carrera moral, han abordado estas particularidades en sexo pago homosexual (Meccia, 2008).

⁷ Según el Observatorio de internet, en Argentina el 92% de la población tiene acceso a internet (ver <https://inter.net.ar/#cuantos-somos>).

⁸ Se trata de utilizar una metodología de investigación etnográfica para el estudio de las interacciones entre los actores de la cultura o espacio de sociabilidad virtual (ver Alvarez Gandolfi, 2016).

3. “Recibirse de hombre”: debut sexual, alarde y vulnerabilidad

“Tenía 18 años, fuimos con un grupo. Es una experiencia rara, porque vas a un lugar pago, pero a la vez estás nervioso, hay mucha tensión. Es una cosa que es como demostrar una hombría. [...] Viéndolo desde una edad más adulta, ves que sí, te juntás en manada, salís, son todos hombres, sale uno, lo propone y es como que hay que marcar la masculinidad: '¡Vamos todos, vamos todos!' Y por ahí alguno no tenía ganas en su momento, no lo digo por mí, pero alguno no tenía ganas y por ahí iba igual, porque es como que el hombre en sí mismo se pone, ¿viste?: 'Bueno, ¡vamos a pasar, pasá!' Es una boludez de machos, de pelotudos, de hombres. [...] Es más, creo que la primera vez, digamos, de ir con muchos hombres, que la pasamos más mal que bien, por los nervios, porque estás muy nervioso” (Lucio)⁹.

“Mis amigos habían ido y le pedí la plata a mi mamá. Tenía que pagar porque era el mandato. Fueron mis amigos y ¿cómo que no fuiste? La experiencia fue pésima, muy asustado, porque aparte estaba prohibido” (Gastón).

Tener y mostrar una heterosexualidad activa es, sobre todo a partir de la adolescencia, una de las formas centrales en las que las masculinidades de los jóvenes pueden conseguir estatus entre el grupo de pares (Kimmel, 1997; Fuller, 2001; Flood, 2007). Pero la gesta de “hacerse hombre” a través de la iniciación heterosexual no sólo tiene que ver con el deseo sexual y la concreción del coito sino, como se aprecia en los *verbatim* de Lucio y Gastón, con responder adecuadamente a la arenga de los pares y demostrar coraje para cumplir con el “mandato”, especialmente cuando el debut sexual es también el debut en el sexo pago. De hecho, en muchos de los relatos de las entrevistas y los foros, las experiencias no son satisfactorias y no son extraños los problemas de erección o la falta de deseo sexual debido a los nervios, el miedo o la incomodidad. Sin embargo, estos aspectos no suelen estar presentes en los relatos sexuales que se comparten con el grupo de pares, porque frente a la mirada de los otros varones es vital no mostrarse vulnerable y demostrar una sexualidad activa y potente si no se quiere ver subordinada la posición ocupada en la jerarquía de masculinidades. Es por ello que en las relaciones heterosexuales masculinas existe una clara diferencia entre las cosas que efectivamente se hacen y las cosas que se dice que se hacen (Flood, 2007). Por más que no refleje la experiencia, el alardeo de un deseo sexual activo y de unas prácticas potentes frente al grupo de pares “es un gesto ritual con una funcionalidad contextual, es decir, es válido mientras sirva a la cohesión del grupo y a la consolidación de las identidades” (Vásquez del Águila, 2013: 826).

Cuando la práctica de pagar por sexo tiene lugar bajo la legitimación naturalista del *boom* hormonal del deseo sexual adolescente y en el contexto de la presión del “mandato” por “hacerse hombre”, se presenta como una práctica deseable y difícilmente pueda ser un atributo que desacredite a los jóvenes varones. Si bien la práctica de pagar por sexo se halla cuestionada, no es extraño que los jóvenes accedan a su iniciación sexual pagando y guiados por pares mayores o familiares varones. Sin embargo, la relación entre masculinidad, heterosexualidad y poder en los grupos de pares no es la misma cuando se pasa a ser un cliente habitual del mercado sexual. Cuando el debut sexual coincide con la iniciación en el mercado sexual, la masculinidad puede verse reforzada; como señalaba un entrevistado, implica “recibirse de hombre”. No obstante, cuando se pasa a ser un cliente habitual la masculinidad puede enfrentarse a pérdidas de

⁹ Hemos utilizado seudónimos para mantener el anonimato de los entrevistados.

prestigio, por lo que el pagar por sexo se torna un atributo desacreditador frente a quienes no comparten esta práctica y por ello debe ser ocultada. Es entonces que el descubrimiento del foro como espacio de homosocialidad permitirá, para los que se auto-descubrirán como “gateros”, repensar su propia imagen.

“Me sentí por primera vez parte de una comunidad, y si se quiere, de sentirme un poco 'raro' a sentir como un orgullo. Al irme abriendo sobre mi afición vi que éramos muchos los que acudíamos al sexo profesional” (Usuario 12, hilo '¿Cómo llegaron al foro?', foro A).

Como ha señalado Becker (2010), lo que tienen en común los miembros de un grupo desviado es su desviación. Esto les hace sentir que comparten un destino y que tienen que enfrentarse a los mismos problemas, lo cual permite el surgimiento de una subcultura desviada.

Cuando el relato del debut se hace en los foros, tiene lugar en el marco de una comunidad que comparte el carácter de sujetos desacreditables y cuyos miembros consideran a los debutantes como principiantes en la “carrera de gatero”, es decir, como potenciales miembros a quienes se da la bienvenida a este particular “nosotros”. En este último escenario, la inexperiencia no es una carencia sino una potencialidad, y la narración de problemas en la performance como la falta de erección u orgasmo y de experiencias de temor y nerviosismo, incluso aquellas que definen como “traumáticas”, no implican un riesgo de desprestigio como en el grupo de pares, sino que constituyen otro aspecto vital de las relaciones homosociales masculinas, la interdependencia y solidaridad. Algunas investigadoras han sugerido que al interactuar con personas con las que no hay necesidad de aparentar o de esconder la identidad como cliente, no se siente vergüenza, lo que brinda cierta seguridad, porque saben que no van a reaccionar negativamente o condenar sus comportamientos como extraños o incorrectos (Sanders, 2008). Cuando algunos “novatos” se animan a preguntar preocupados en los foros por cuestiones que dejan en evidencia su vulnerabilidad, la comunidad gatera responde de manera tranquilizadora, afirmando que esos problemas son psicósomáticos y se deben a “los nervios de la primera vez” que son abiertamente normalizados. Luego de dar la “bienvenida a este mundo maravilloso”, los miembros de la comunidad gatera aclaran que al principio suelen tenerse experiencias negativas, pero que con “esfuerzo” y “paciencia” se puede conseguir manejar la situación. Los hilos de un novato nos permiten reconstruir este camino, frente a las frustraciones que expresaba fue diligentemente alentado a “no aflojar”, así aprendería que en “la carrera de gatero” se pasa por diferentes etapas hasta poder dominarlo:

“Un forista de acá, me dijo que cuando recién debutas es muy difícil controlar los tiempos, que una vez superado el problema ese de que se te cae sin razón aparente, hay que empezar a controlar los tiempos, mi problema ahora es que tengo que concentrarme para controlar los tiempos” (Usuario 1, hilo 'Mi cuarta xp fue con Lucía', foro B).

Nuevamente vemos una diferencia entre el modelo del varón mayor que introduce al adolescente al mundo del sexo en el cabaret y las formas de funcionamiento de la cibercomunidad gatera. Para comenzar la carrera de gatero es necesario realizar un proceso de aprendizaje que incluye desde solicitar “consejos para la primera vez”, hasta conocer las “normas del gatero” y familiarizarse con una jerga específica. Los foros de intercambio de experiencias de sexo comercial que estudiamos, funcionan como una comunidad online donde se (re)producen los valores, las normas, el argot y la

fraternidad distintiva de la “comunidad gatera”, se aprende a lidiar con el carácter de desacreditable que implica el pagar por sexo y a ser un “colega gatero”.

4. “Manual del gatero”: aprendizajes, riesgos y comunidad

“Para el gateo, en general, y casi para todas las cosas hay un conjunto de normas, que en muchos casos jamás fueron escritas. Pero se encuentran instituidas, y se van divulgando entre pares. Cuando un Pirata recién se inicia, quizás siga los consejos de algún par más experimentado, y así sucesivamente” (Usuario 2, hilo 'Algo sobre reglas del gateo', foro A).

“BUEN GATERO. Querés ser un BUEN visitante? Querés ser muy bien visto y recibido? Querés ser atendido realmente con BUENA ONDA y actitud? Bueno aca van algunos consejitos” (Usuario 3, hilo 'Manual del Gatero Ilustrado & Otras Disquisiciones', foro A).

Muchos usuarios mencionan que antes de contratar por primera vez el servicio de una escort, leen las XP de otros gateros para interiorizarse en las características del mercado y poder elegir, así como para aprender los códigos del ambiente y la manera de relacionarse con las mujeres. También es común que, antes de compartir sus primeras XP, los principiantes pregunten sobre los significados de la jerga que utilizan los más experimentados. Así, conocer el significado de 840 (proxeneta), HEF (hasta el final), GP (garganta profunda), asterisco (ano), gift (tarifa) y sobre todo mostrar su uso será un signo de pertenencia a esta subcultura.

Además, tendrán que adquirir herramientas para relacionarse con las escorts, tanto para que los encuentros sean placenteros, como para poder minimizar los riesgos que conllevan y sortear los obstáculos que implica involucrarse en una actividad estigmatizada. Entonces, no sólo tienen que aprender a tener una buena experiencia sexual, sino a controlar las emociones y manejar de manera apropiada el dinero.

Una de las reglas que más consenso genera es la de no enamorarse ni involucrarse emocionalmente con las escorts, regla que es compartida e igualmente transgredida por las mujeres que hacen sexo comercial (Morcillo, 2017). Por eso los gateros sostienen que no hay que “reincidir”, es decir, no hay que ir más de dos veces con una escort. Paradójicamente, en las tablas de calificación usualmente incluidas al final de las XP mencionan el ítem “reincidencia: si / no”, donde los gateros declaran si volverían a ver a esta escort. El recurrente riesgo de enamoramiento es un bucle que se retroalimenta tanto de la ilusión de intimidad y el disfrute que ella produce como de la supuesta capacidad de controlar las emociones (Morcillo, 2016). El riesgo de perder el control de las emociones es también el riesgo de ser manipulados económicamente por una escort. Un usuario experimentado, utiliza una “firma” al final de todos sus posteos que condensa estos dos temas centrales del mundo gatero: “Soy gatero profesional, por lo tanto no me enamoro de las escorts, no soy tan viejo ni tan feo para pagar + de \$250 por una mujer” (Usuario 4, foro A).

“Bajo promesas de amor eterno y pedorradas de esa misma índole, las niñas acometen una depredación despojada de toda piedad, de toda y cada moneda que puedan rapiñar al incauto otario, jaja” (Usuario 3, hilo 'Manual del Gatero Ilustrado & Otras Disquisiciones', foro A).

Lo que muestran estas intervenciones es que el devenir amoroso de un vínculo de sexo pago, sin ser omnipresente, es más frecuente de lo que permitiría pensar el imaginario de la prostitución como un intercambio frío y desafectado –o directamente violento– (Morcillo, 2017). El enamoramiento pone a los clientes en una posición de

riesgo ligada a la pérdida del control de sus emociones y al consiguiente mayor gasto por mantener económicamente a estas mujeres que aparecen como una otredad amenazante que los puede “rapiñar”.

El dinero y la racionalidad en su uso también se ponen en cuestión cuando los gateros asiduos sienten que no pueden controlar su consumo y que se convierte en un “vicio” o una “adicción” –“como el faso, el alcohol o las drogas”– que los pone en riesgo de “patinarse el sueldo”. Seidler (2006) ha indicado que la masculinidad se construye en torno a la idea de racionalidad, por lo que cuando las identidades y prácticas sexuales se consideran “animales”, al tiempo que se legitiman a través de la naturalización, se constituyen como amenazas a su ser racional si persisten sin control a lo largo de sus vidas. Además, como sostiene Giddens, el sexo se vuelve compulsivo para el sujeto cuando la conducta sexual cotidiana “queda gobernada por una búsqueda constante de algo que, sin embargo, conduce persistentemente a sentimientos de vergüenza o inadecuación” (Giddens, 2004: 77). De esta manera, uno de los aprendizajes que deben hacer los gateros es el de enfrentarse a la compulsividad que en muchos casos les supone pagar por sexo, para poder manejarla. En esa línea, “no pasarse del presupuesto” se convierte en una técnica a compartir con los demás usuarios:

“Me fijo un gasto mensual y no salgo de allí. Si no me alcanza para darme el gusto con el super gato que me recalentó, dejo pasar los meses para ahorrar y ajustarme de nuevo al presupuesto para justificar el sobre precio. Solo me salgo de caja cuando a su vez me aparece un ingreso no previsto y ahí sí ¡a festejar!” (Usuario 6, hilo '¿Hay reglas en el gatero?', foro A).

Las relaciones de interdependencia y solidaridad entre gateros no implican que la comunidad gatera esté exenta de jerarquías que se van construyendo a lo largo del tiempo. Los usuales debates entre los usuarios sobre las formas de jerarquización (por ejemplo, en un hilo del foro A llamado '¿Cuándo me hago Súper gatero?') muestran tanto los diferentes estatus como el interés compartido en ser parte de esa jerarquía. A pesar del debate y las distintas posiciones sobre cuáles son los puntos más valiosos para un gatero, en ambos foros queda claro que un elemento fundamental para construir la reputación del gatero es la cantidad de XP que comparten. En el foro B podemos leer en todas las intervenciones al lado del *nickname* de cada usuario la cantidad de XP compartidas, en el último mes, en el último año y en toda su trayectoria. Además, ambos foros muestran la cantidad de votos o valoraciones recibidas de parte de otros miembros como forma de avalar su “confiabilidad”. El compartir XP, punto central de la vida *online* de los foros, tiene varias aristas. Aquella más previsible es construir un relato que exalta la masculinidad y virilidad del narrador –el alardeo sexual. Sin embargo, estas XP a veces son criticadas y los gateros reclaman la necesidad de “compartir data objetivamente” para que toda la comunidad sepa los pros y contras de cada escort. Por ello podemos pensar que las XP actúan fundamentalmente como “un cemento social para unir a una 'comunidad' en el mundo virtual y real (...) y como un mecanismo de normalización que los clientes utilizan para entender su comportamiento no como 'desviado', sino como aceptable y acorde a los guiones sexuales heterosexuales masculinos normales” (Sanders, 2010: 70).

Otra dimensión importante para convertirse en gatero es lograr manejar la potencial estigmatización que implica esta práctica y para ello es crucial, como sugeríamos más arriba, aprender a mantenerla en secreto. Si su práctica sale a la luz, el gatero sospecha que las relaciones con su esposa, novia y/o amantes, compañeros/as de trabajo o su círculo cercano pueden verse afectadas o incluso terminarse.

“Tengo la mejor imagen con todas las mujeres de mis amigos salvo con una, que casi ni la conozco y nos vimos muy pocas veces. Pero evidentemente mi amigo 'sin querer' le trasmite alguna data que no debería, pero me consta que no lo hace de mala leche, de boludo nomas...” (Usuario 8, hilo 'Algo sobre reglas del gatero', foro A).

En la interacción con otros gateros, el principiante aprende que reduciendo los círculos con quienes habla del tema y siguiendo algunas estrategias puede minimizar estos riesgos. Para eso se adoptan una serie de cuidados, los cuales se comparten y discuten en el foro: agendar a las escorts con contraseña o cambiarle los nombres, usar otro chip o teléfono para contactarse con ellas, hacerse una dirección de email “gatera”, usar una computadora privada, no contarle a nadie sobre su afición al sexo pago, etc. Sin embargo, el secreto puede salir a la luz por distintos motivos y cuando esto pasa los gateros reflexionan en términos morales sobre su práctica de pagar por sexo y sus masculinidades. En el hilo 'Mi hija de novia con un gatero' (foro A), el Usuario 9 relata que se encontró con su yerno saliendo de un privado¹⁰ y consulta con el resto de los foristas si debería contarle a su hija o hablar con el yerno, a lo que uno de los gateros responde:

“Me parece que no corresponde blanquear [revelar] que gateas con tu hija. Es tu vida privada y no es necesario que pierdas la imagen que ella tiene de vos. Yo hablaría directamente con el novio, y le explicaría que esperás algo mejor para tu hija, y no un comeгато como nosotros” (Usuario 10).

Al igual que en el caso de los foristas antes citados, hemos encontrado que la mayoría de los gateros viven lo que podemos llamar “dobles vidas”. Sanders (2010: 113) plantea que esto es una consecuencia de la desaprobación social, del “miedo a la reacción de la pareja, el temor de ser etiquetado como extraño o pervertido sexualmente”. Cuando son descubiertos o descubren que alguien de su entorno familiar es gatero, muchos dejan en evidencia que comparten esta desaprobación social, que ha permeado en la subjetivación de sus experiencias. Como señalaba el Usuario 10, “esperás algo mejor para tu hija y no un comeгато como nosotros”. Por otro lado, lo que este usuario está expresando cuando aconseja “no es necesario que pierdas la imagen que ella tiene de vos”, es una tensión entre la posición del padre y la del gatero. Aquí la trama familiar y conyugal que supone una imagen de la masculinidad “respetable” ligada a la protección de las mujeres, diverge de aquella de la cofradía de gateros que aparece a veces ligada a la predación de las mujeres (cuando se usa la denominación “comegatos”). Otros usuarios intentan construir discursos de respetabilidad para alejarse del estigma resaltando que son “buena gente”, que “aman a sus mujeres” y que son padres, atributos que los acercan al “buen comportamiento sexual” (Rubin, 1989). Sin embargo, estos discursos divergentes sólo pueden funcionar en la lógica de la doble vida y la protección que les ofrece el secreto. Un gatero que no ha mantenido en secreto su afición por el sexo pago, se lamentaba sobre cómo lo veían los demás, lo cual lo hacía sentir “degradado”:

“La verdad es que me siento degradado porque no me gustaría pagar. Generalmente me pongo a pensar que las minas van conmigo sin ganas y

¹⁰ Así se denomina en el ambiente a los departamentos donde una o más mujeres ofrecen servicios sexuales, en general con algún tipo de arreglo económico con un/a tercero/a. Suelen publicitarse por diversas vías (a veces con folletería en la vía pública, y más comúnmente con anuncios encubiertos en la prensa o en páginas web). No están directamente abiertos al público, sino que hace falta concertar una cita telefónicamente o tener alguna referencia para contactarse.

porque les pago [...]. Y la verdad que me siento un perdedor teniendo que pagar. Veo que mis amigos tienen sus novias o mujeres, han hecho sus familias y yo solo y sin otra alternativa que pagar para ponerla. Esa es la parte fea. Quizás me siento culpable. Alguna vez lo disfruté porque ya hace 5 años que pago. Pero ahora ya no tanto. Encima mis amigos me cargan, me dicen 'paganini' y todas esas cosas y la verdad que me rompe las pelotas. Es como que ya me hice la fama que si estoy con una mina es porque pago. O sea si me ven con una mina o la llevo a comer van a decir 'este le paga'. Quizás me importe lo que me digan. Pero ver ese contraste de mis amistades casados con familia y yo solo y pagando me está pesando” (Usuario 11, hilo '¿Alguna vez intentaron dejar de pagar por sexo?', foro A).

Como sostiene Seidler (2006), los varones aprenden a hacer lo que se espera de ellos y, por lo tanto, a definirse “externamente”, sobre todo frente a la mirada del grupo de pares masculinos. Los varones que pagan por sexo cumplen con la promiscuidad y la virilidad considerada propia del “macho alfa”, pero se alejan del papel de conquistador sexual que también se espera de ellos (Sanders, 2010). Asimismo, en la adultez la validación homosocial masculina requiere también que se ocupen otras posiciones, principalmente la de proveedor y la de padre de familia (Fuller, 2001). Así, el Usuario 11 se siente avergonzado, frente a la mirada de sus pares se ve como un “solterón”, incapaz de seducir a una mujer. Esto degrada la posición de su masculinidad en el grupo, mostrando que la práctica de pagar por sexo puede ser percibida como impura y la vergüenza convertirse en una posibilidad central. Por eso, muchos prefieren no contar sus experiencias de sexo pago:

“¿Hablar del tema? Para nada, en absoluto, cada vez menos. Creo que ni siquiera cuando era más adolescente lo hacía. Porque siempre me pareció un poco pavote. O sea, si tenías que canchererar [alardear] por algo era porque te habías ganado una mina linda, o que tus amigos conocían y vos decías: 'Esa de ahí', y tus amigos te creerían o no, pero había una referencia concreta. Decir: 'Che, fui de putas', era como, medio, una no-anécdota, en todo caso. O mentías, decías que habías salido y que habías estado con una mina, no decías que era una puta. Por lo menos eso me pasaba a mí, no sé si le pasa a todo el mundo” (Mario).

En otro trabajo hemos sostenido que el consumo de sexo comercial cambia con la edad, volviéndose más solitario en la adultez, donde suele permanecer como una práctica privada o íntima. Las excepciones serían los momentos de ocio puntuales (despedidas de soltero, ciertos eventos laborales, cumpleaños) donde lo grupal vuelve a adquirir centralidad y lo que se pone en juego principalmente “son procesos de adscripción a valores hegemónicos asociados a la masculinidad, que otorgan prestigio, y refuerzan una cierta lealtad hacia [los] pares” (Morcillo *et al.*, 2018). De modo que, cuando los varones ingresan en la adultez, se espera que se inserten en la vida doméstica y pública y dejen atrás los “excesos” de la juventud, ya que el estilo de virilidad asociado al Don Juan no encuadra dentro del modelo de la “verdadera hombría” y carece del reconocimiento y respeto de los “normales”. Sin embargo, si consideramos al estigma como relacional y situacional, dado que el mismo atributo que desacredita a unos puede confirmar la normalidad de otros, los gateros son desacreditables por fuera de la “comunidad gatera”, pero cuando se produce interacción con otros gateros el estigma se suspende, algo que, como veremos, resulta crucial en una etapa ulterior de la carrera.

5. Retiro, despedida o eterno retorno

Las carreras de los “gateros” encuentran un último desafío en el control de sus emociones y su sexualidad a la hora de elegir retirarse del mercado sexual. Las intervenciones de algunos usuarios muestran la importancia que esta actividad tiene en sus vidas, pues retirarse del mercado sexual implica pasar a una “nueva etapa” vital. Aún quienes no han sido estrictamente “gateros” pero han tenido un consumo muy importante también pueden construir su retiro como un cambio vital, tal como nos relató Nicolás en una entrevista, en la que menciona su consumo como una “época pasada” vinculado a la “la noche” y los excesos, que duró alrededor de diez años y que es una “fase terminada” en su vida.

Los motivos de la retirada pueden ser diversos, pero se suelen teñir de un tono moral. Algunos buscan abandonar la “mala vida” cuando el sexo pago se presenta asociado con consumos de sustancias embriagantes –y, en el caso de uno de los entrevistados, el conocer sobre la “trata de personas”–, o, más frecuentemente, se retiran “por amor” y esta es también una decisión moralizada.

“Hola a todos, contarles que me llegó el fin de todo esto, dejo definitivamente el ambiente, la razón: me enganché 🍷 y deseo hacer las cosas BIEN” (Usuario 15, hilo 'Solicito la BAJA. razón: me puse de novio' foro B, énfasis en el original).

“Hola, amigos. Hace ya muchos meses que no participo en el foro, por estar obligatoriamente retirado del mundo gateril. Por eso, sigo el camino que leo que están emprendiendo muchos por estos días y solicito mi baja de este foro. Me despido de los grandes amigos con los cuales he compartido muy buenos momentos y me he cagado de risa, comida o café de por medio. A los amigazos [y] las chicas, un gran abrazo. Muchas veces en la vida, uno no hace lo que quiere sino lo que puede o debe hacer. Esta despedida, es un fiel reflejo de ello” (Usuario 16, hilo 'Pedido de baja', foro B).

Dejar de pagar por sexo porque se entabla una relación amorosa y se busca “encarrilarse”, “hacer las cosas bien” o como “se debe” parece una justificación válida (aunque frente a esta opción varios usuarios dicen optar por seguir gateando pues argumentan que estar en una relación de pareja acaba “saliendo más caro” que pagar por sexo). Para algunos es incluso la única justificación válida: cuando un usuario comenta su frustración e insatisfacción al no poder dejar de “gatear” y consulta si “alguna vez intentaron dejar el gateo?”, otro le responde: “si dejas de pagar tiene que ser porque te pusiste de novio con una minita normal” (Usuario 17; hilo 'Alguna vez intentaron dejar de pagar por sexo?', foro B). Aunque los aprendizajes del ser gatero incluyen un conjunto de explicaciones sobre por qué pagar por sexo, la duda sobre retirarse, acicateada por la culpa ligada a la “infidelidad”, suele asaltar frecuentemente a los usuarios.

“Otro tema más de un usuario que dice, 'me retiro', 'me voy', 'me estoy por ir', para terminar con un 'tienen razón, gatear es lo más lindo del mundo, no me retiro nada'... ya aburren” (Usuario 18, hilo '¿Alguna vez intentaron dejar de pagar por sexo?', foro A).

En esta línea varios usuarios del foro afirman que, en realidad, no es posible retirarse del “mundo del gateo”. En ocasiones esta idea se articula con la concepción de que pagar por sexo es un “vicio” difícil de manejar y que puede hacerse “adictivo”, como ya vimos, y de hecho es usual la comparación con el consumo de drogas. Incluso algunos

foristas plantean que, aún cuando se forme una pareja y se desee ser “fiel”, para algunos es imposible, pues “se nace siendo putaño y gatero”; un axioma que sólo puede operar bajo el olvido –o la negación– de todos los procesos de aprendizaje y adaptación que hemos descrito.

“Yo no podría dejar de gatear por más que tenga novia. Creo que se nace siendo putaño y gatero, salvando las distancias es como el tipo homosexual que puede llegar a casarse con una mujer e inclusive tener hijos pero a escondidas va y se encama con un tipo. Bueno, el vicio mío son las putas, no las podría dejar, sería una doble vida si estaría en pareja” (Usuario 24, hilo ‘¿Abandonarían El Ser Gatero Por Una Novia?’, foro A).

Al explicar por qué no es posible “dejar de gatear”, este usuario plantea un paralelo con la homosexualidad que vuelve a explicitar cómo la posición de “gatero” representa, especialmente entrada la adultez, un tipo de desviación respecto del modelo de masculinidad familiar. Otro usuario de larga trayectoria en el foro explica a otro forista que los deseos de retirarse son en realidad efímeros:

“Nene, Nunca nosotros Nos retiramos... Harás un apartado... La Noche y las Chicas No se cambian, es como Cambiar de Camiseta de Fútbol... Una Lástima, sos un Gran Forista y con grandes aportes, pero es tu decisión. Debés ser un buen tipo, mi olfato no me falla. Cuidate, Y si dios quiere nos leemos pronto... Un abrazo, Míjo” (Usuario 23, hilo: 'Pedido de baja. Abrazo grande a todos!!', foro B).

Esta intervención, cuyo contenido comparten muchos foristas, plantea claramente que el retiro nunca es definitivo, más aún, que solo puede ser un *impasse*. Usuario 23 apela a la comparación con “la camiseta de fútbol” dando a entender que una vez que se es de un club no es posible cambiar –o expresaría una falta de lealtad, un valor muchas veces ligado a formas de masculinidad. Además, el tono de la intervención de Usuario 23 señala una diferencia generacional. Buena parte de quienes plantean la imposibilidad de retirarse definitivamente del gateo tienen mayor edad, o hablan desde ese lugar de enunciación (por ejemplo, el Usuario 25 comienza su comentario explicando: “Muchachos, como digo siempre, yo estoy más cerca del arpa que del violín y por lo tanto pasé todas las etapas. Mi experiencia indica que...” (hilo 'quiero dejar pero no puedo', foro A). Aparece aquí una tensión entre los sentidos asociados al ciclo de la vida y el desarrollo de la masculinidad por un lado y las carreras de los gateros, por el otro. El pagar por sexo suele ser asociado a una etapa vital anterior –tal como confirma la “firma” del usuario 26: “no quiero crecer, quiero seguir gateando!”).

La concepción del Don Juan como un hombre inmaduro parece transformarse en el espacio del foro, donde la voz de los usuarios mayores suele aparecer como una voz autorizada, especialmente en relación al retiro. Si en general se considera que el hecho de envejecer hace que los hombres pierdan estatus (Meadows y Davidson, 2006; Kampf *et al.*, 2012), ya que lo que prima en la jerarquización es la fuerza física, la potencia y el rendimiento, en el contexto de los foros esto se pone entre paréntesis. Este espacio suspende la norma moral que sanciona, por desmedido y fuera de lugar, el deseo sexual de varones mayores por mujeres jóvenes –manifiesta en el carácter peyorativo que adquiere la inmadurez en la expresión popular “viejo verde”. A su vez, los clientes mayores, y buena parte de los gateros con amplias trayectorias, suelen valorar las relaciones más duraderas con algunas pocas escorts. Allí, las reincidencias con una escort –en el marco de una ilusión romántica cuyos riesgos ya deben haber aprendido a manejar– atenúan la “perversión” atribuida a los “viejos verdes”.

Considerando globalmente lo desarrollado en este apartado podemos comprender las características que adquiere para estos varones este punto de su carrera. Los “gateros viejos” se ven enfrentados a las dificultades que les supone el retiro del sexo pago, tanto como los riesgos que representan las ilusiones románticas dentro y fuera del comercio sexual. Todo ello explica por qué la edad es una variable de prestigio en la comunidad gatera, donde los gateros viejos tienen el capital de la experiencia. Entre ellos las autojustificaciones son tan frecuentes como las posiciones melancólicas que rememoran “los viejos tiempos del cabaret” como una época dorada que parece haber desaparecido con los cambios recientes en la legislación, es en buena medida la subcultura *online* del foro la que les permite recrear ese espacio de homosocialidad masculina.

6. Conclusiones

A lo largo del artículo hemos planteado las distintas circunstancias que atraviesan las carreras de los varones que hacen de la práctica de pagar por sexo parte central de sus vidas, y se identifican como gateros, formando parte de una comunidad *online*. Una serie de hitos y procesos conforman estos recorridos poniendo de relieve cómo estas construcciones son variables y se hallan marcadas por tensiones. Al contrario de los discursos que suponen la naturalidad tanto del consumo de sexo pago (“gatero se nace”) como del deseo sexual (como una fuerza natural irrefrenable), las experiencias de los varones que pagan por sexo, y en especial de los gateros, revelan la necesidad de atravesar procesos de aprendizaje para controlar y manejar diversos aspectos de los intercambios en el comercio sexual. Inclusive para poder obtener placer es necesario el aprendizaje. Asimismo, el análisis de las carreras nos permitió pensar un conjunto de coincidencias y divergencias para concebir la especificidad del “gatero” distinguiéndose de otros varones que pagan por sexo y desplazándose de algunos ideales de la hombría.

Como hemos visto, el consumo de sexo pago no implica *per se* una posición prestigiosa para la masculinidad. Cuando coincide con el debut sexual, puede asociarse con “recibirse de hombre” en el contexto del grupo de pares y funcionar como una fuente de estatus. Sin embargo, en el marco de la incipiente construcción del estigma de “prostituyente”, el pagar por sexo asiduamente comienza a percibirse como un atributo desacreditador para el “hombre de verdad”, que sólo debería recurrir a la seducción para conseguir tener relaciones sexuales y dirigirse progresivamente hacia la consolidación de la posición masculina de padre-protector-proveedor.

Es en el anonimato de los foros, donde el sujeto potencialmente desacreditable encuentra la posibilidad de iniciar su carrera moral como “gatero”. Allí podrá formar parte de la “comunidad gatera” que, como subcultura desviada, conlleva una serie de aprendizajes. Tanto para iniciarse en el consumo de sexo comercial como para ser un “buen gatero”, los varones solicitan los consejos de los más experimentados; pero aquí no aparece la figura del familiar adulto que lleva al joven a debutar, nos hallamos por fuera de la trama del parentesco. Serán otros gateros quienes enseñarán no sólo los códigos del ambiente, sino a minimizar los riesgos y sortear los obstáculos que implica involucrarse en una actividad estigmatizada. De estos, los más relevantes son enfrentarse a la compulsividad, que en muchos casos supone pagar por sexo, y poder manejar la potencial estigmatización. En relación al primero, los aprendizajes articulan diferentes facetas que pondrán a prueba su masculinidad: conseguir una buena performance sexual, controlar sus emociones para no enamorarse de las escorts y manejar el dinero de modo de no “despilfarrar” el sueldo ni dejarse “rapiñar”. En relación al segundo, lo que aprenden los gateros es a mantener esta práctica en secreto, a partir de una serie de cuidados en el manejo de la información desarrollarán una doble vida.

Como hemos sostenido, los mandatos de masculinidad cambian con la edad y si bien la “hombría” se construye centralmente en torno a demostrar una (hetero)sexualidad activa, cuando los varones ingresan en la adultez, buena parte de la respetabilidad se desplaza a su posición como proveedores-protectores, y por lo tanto se tensa con la posición de los gateros, asociada a una imagen de despilfarradores-predadores (“comegatos”). En este sentido, si bien el cuestionamiento moral y estigmatizante queda suspendido en los foros, los gateros precisan recrear constantemente entre sí estrategias de normalización de sus prácticas. De allí el papel fundamental –y jerarquizante– que juega el compartir sus XP’s. Por fuera de los foros, la necesidad –cada vez mayor– de recurrir al secreto expresa la divergencia entre la construcción de la hombría y la carrera de gatero.

Las ambivalencias en relación a la autoimagen de los gateros continúan incluso hasta el final de la misma. Al analizar las formas en las que piensan el retiro esto se hace evidente, pues no son pocos los que se cuestionan moralmente el deber de retirarse, cerrar una etapa vital, especialmente de cara al comienzo de una relación de pareja. Las resistencias frente al retiro se expresan en parte esencializando su propia identidad como gateros y por ende negando todos los aprendizajes y adaptaciones que fueron necesarias en sus comienzos. A su vez, la imposibilidad de retirarse definitivamente, se liga con el deseo de sostener el ámbito de protección que supone el espacio de homosocialidad virtual para estos varones, por fuera del cual su identidad está cuestionada, especialmente para los de mayor edad.

El análisis de estas carreras, en el marco de las transformaciones del mercado sexual, habilita a plantear algunos interrogantes cuya respuesta no podemos aventurar aquí (salvo en forma conjetural). La coyuntura actual de expansión del feminismo, y en particular del feminismo abolicionista ligado a la campaña anti-trata, habilita el cuestionamiento de los sentidos que atraviesan la práctica de pagar por sexo, especialmente para los varones cis heterosexuales. La imagen pública de los varones que pagan por sexo comienza a ser criticada, pero en buena medida bajo la forma de una campaña estigmatizadora. En este marco, es posible preguntarse de qué formas las nuevas configuraciones del mercado sexual afectan los sentidos del debut sexual. Las experiencias analizadas en este punto parecen estar tanto más abiertas a expresar las vulnerabilidades como bloqueadas a la hora de repensar el propio deseo sexual masculino. ¿Cómo se ligan los aprendizajes en relación al control de emociones, dinero e información con las nombradas transformaciones? Dos puntos resultan claves a la hora de profundizar nuestra indagación: por un lado, el desarrollo de las crecientes culturas virtuales que permiten un manejo de la información más complejo; y por el otro un posible crecimiento de patrones de consumo sexual más individualizado y montado en torno a la ilusión de intimidad. Finalmente, considerando las potentes resistencias que estos varones desarrollan a la hora de emprender una reflexión (auto)crítica, pero no ya desde una perspectiva moralizada sobre sus prácticas sexuales o sus identidades, sino sobre las ligazones entre sus propios deseos y sus padecimientos, nos preguntamos en qué medida la política de estigmatización habilita dicha reflexión o genera mayor resistencia y negación.

7. Bibliografía

- Álvarez Gandolfi, F. (2016). “Problemáticas en torno de las ciberculturas. Una reflexión sobre las posibilidades y los límites de la etnografía virtual”. *Revista de Estudios Culturales de la Universitat Jaume I*, vol. XVI, pp. 7-20.
- Becker, H. S. (2010) [1963]. *Outsiders: hacia una sociología de la desviación*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Behrens, R. (2019). “De las luces de colores al apagón. La transición institucional en la regulación de la prostitución de Río Gallegos”. *XIV Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres y IX Congreso Iberoamericano de Estudios de género*, Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Bouamama, S. (2004). *L'homme client en question. Le processus du devenir-client de la prostitution*, París: IFAR, Mouvement du Nid.
- Carrara, S. (2015). “Moralidades, racionalidades e políticas sexuais no Brasil contemporáneo”. En *Mana*, vol.21, no.2, Rio de Janeiro.
- Connell, R. (2003). *Masculinidades*. México: PUEG.
- Cosse, I. (2010). *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Figari, C. (2008). “Carreras desviantes y outsiders: una aproximación a la homosexualidad en la Escuela de Chicago”. *V Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata y I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales*, Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata La Plata.
- Flood, M. (2007). “Men, Sex, and Homosociality: How Bonds between Men Shape Their Sexual Relations with Women”. *Men and Masculinities*, 10(3), pp. 339-359.
- Fuller, N. (2001). “No uno sino muchos rostros. Identidad masculina en el Perú urbano”. En Viveros, M., Olavarria, J., Fuller, N. *Hombres e identidades de género: Investigaciones desde América Latina*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia.
- Giddens, A. (2004) [1992]. *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Goffman, E. (2001). *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Goffman, E. (2010). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Guy, D.J. (1994). *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires 1875-1995*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Horswill, A., Weitzer, R. (2016). “Becoming a Client: The Socialization of Novice Buyers of Sexual Services”. In *Deviant Behavior*, December.
- Kampf, A., Marshall, B., Petersen, A. (2012). *Aging Men, Masculinities and Modern Medicine*. London and New York: Routledge Print.
- Kimmel, M. (1997). “Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina”. En Valdés, T., Olavarria, J. (eds.). *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Santiago de Chile: ISIS, 49-62.
- Kulick, D. (2005). “Four hundred thousand swedish perverts”. *GLQ*, Duke University Press, pp. 205-235.
- Mackinnon, C. (1987). “Sexuality”. En Mackinnon, C., *Toward A Feminist Theory of the State*, USA: Harvard University Press, pp. 127 – 154.
- Mansson, S.A. (2004). “Les clients des prostituées: le cas suédois”. *Mouvements* 31, 64-69.
- Martynowskyj, E. (2018). De clientes a varones prostituyentes. Una aproximación al proceso de construcción de un sujeto “repudiable”. En *RevIISE- Revista de Ciencias Sociales y Humanas*, Volumen 12, Número 12, octubre 2018-marzo 2019
- Meadows, R., Davidson, K. (2006). “Maintaining manliness in later life: Hegemonic masculinities and emphasized femininities”. In: Calasanti, T. M., Slevin, K. F. (ed.). *Age matters: Realigning feminist thinking*. New York: Routledge Print.

- Meccia, E. (2008). “La carrera moral de Tommy. Una historia de vida relativa a la transformación de la homosexualidad de colectividad a categoría social”. En Pecheny, M., Figari, C., y Jones, D. (Comp.). “*Todo sexo es político. Estudios sobre diversidad sexual en Argentina*”, Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Morcillo, S. (2016). “Comerse un garrón. Dineros y enamoramientos entre mujeres que hacen sexo comercial y sus clientes en Argentina”. *III Congreso Internacional de Estudios sobre Diversidad Sexual en Iberoamérica*. RED LIESS, U. D. G. Granada.
- Morcillo, S. (2017). “Contrabando de afectos, fugas de capitales y otros desplazamientos. Relaciones de sexo comercial más allá de las fronteras de la prostitución”. En *Cadernos Pagu* (49).
- Morcillo, S., Varela, C. (2020). “¡Puaj! Las retóricas del asco en el movimiento abolicionista de la prostitución en Argentina”. *Revista Estudios Feministas* (en prensa).
- Morcillo, S., Martynowskyj, E., De Stéfano Barbero, M. (2018). “¿El macho 'apichonado'? Masculinidad, emociones y relaciones de género en los relatos de varones que pagan por sexo en Argentina” (inédito).
- Parker, R. Aggleton, P. (2003). “HIV and AIDS-related stigma and discrimination: a conceptual framework and implications for action”. *Social Science & Medicine*, v. 57, n. 1, pp. 13-24.
- Pateman, C. (1995). *El contrato sexual*. Barcelona: Anthropos.
- Pheterson, G. (2000). *El prisma de la prostitución*. Madrid: Talasa Ediciones.
- Piscitelli, A. (2015). “Riesgos: la capilarización del enfrentamiento a la trata de personas en las tensiones entre planos supranacionales, nacionales y locales”. Texto presentado en el *IV Congreso latinoamericano sobre trata y tráfico de personas*, Bolivia.
- Prieur, A., Taksdal, A. (1989). *A sette pris pa kvinner* [Pricing Women]. Oslo: Pax.
- Rostagnol, S. (2011). *Consumidores de sexo. Un estudio sobre masculinidad y explotación sexual comercial en Montevideo y área metropolitana*. Montevideo: RUDA.
- Rubin, G. (1989). “Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad”. En Vance, C. (comp.), *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Revolución.
- Sanders, T. (2008). *Paying for Pleasure: Men Who Buy Sex*. USA and Canada: Willan Publishing.
- Seidler, V.J. (2006) *Masculinidades. Culturas globales y vidas íntimas*. España: Montesinos.
- Simonetto, P. (2018). “Pagar para ser hombre. Prácticas y sentidos de la compra de sexo en los testimonios judiciales de trabajadores. Provincia de Buenos Aires, 1936-1960”. *Revista Historia y Justicia*, 10.
- Varela, C., Martynowskyj, E. (2019). “De cabaret vip a circuito “prostituyente”: traduciendo el mercado sexual al lenguaje de la trata”. *XIV Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres & IX Congreso Iberoamericano de Estudios de género*, Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Vásquez del Águila, E. (2013). “Hacerse hombre: algunas reflexiones desde las masculinidades”. En *Política y Sociedad*, Vol.50, n. 3, pp. 817-835.

* * *

Santiago Morcillo es doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA); Licenciado y Profesor en Sociología por la Universidad Nacional de San Juan (UNSJ).

Investigador asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y docente de Psicología Social. Investiga temas relacionados a sexualidad, mercado, género, salud, estigmatización, emociones y metodologías de investigación. Fue miembro del Grupo de Estudios sobre Sexualidades (GES-UBA) y actualmente dirige el proyecto PICT “Género y sexualidad desde la mirada de varones que pagan por sexo en San Juan y Buenos Aires”.

Estefania Martynowskyj es socióloga (Universidad Nacional de Mar del Plata -UNMdP-, Argentina). Actualmente cursa el doctorado en Ciencias Sociales y Humanas en la Universidad Nacional de Quilmes (Argentina) y es becaria doctoral del CONICET. Investiga sobre la configuración de la trata de mujeres con fines de explotación sexual como problema público y sobre hombres que pagan por sexo en Argentina. Desde 2011 integra el Grupo de Investigación sobre Familia, Género y Subjetividades. Es docente en la UNMdP.

Matías de Stéfano Barbero es antropólogo (UCM-UAM, España y UBA, Argentina). Actualmente investiga sobre las diferentes relaciones entre violencia, género, sexualidad y subjetividad con hombres que ejercen violencia contra sus parejas mujeres y hombres que pagan por sexo en Argentina. Desde 2016 es miembro de la Asociación Pablo Besson, dedicada a la intervención con personas en situación de violencia. Colabora como docente en instituciones y universidades argentinas y españolas y ha trabajado como investigador y asesor para los Ministerios de Salud de ambos países en proyectos sobre violencia, género, salud y diversidad sexual y familiar.